

silla de pista

RIAÑO: LA AGONIA DE UN PUEBLO

Estuve el otro día en Riaño. Viniendo de Santander, pasé por el desfiladero de La Hermida y por Potes, capital del valle de Liébana, y desde allí crucé el puerto de San Glorio, a mil seiscientos metros de altura, llegando, por Portilla de la Reina, Boca de Huérgamo y Pedrosa del Rey, a Riaño. La región, no hace falta decirlo, porque estamos en las proximidades de los Picos de Europa, es de una gran belleza, una de las zonas de montaña más escarpadas y bravías de la Península. La impresión que los Picos de Europa producen al viajero se acentúa todavía por el hecho de la proximidad del mar. Desde la playa de Comillas, desde el puerto de San Vicente de la Barquera, se contempla el colosal edificio de piedra de la montaña. A unos cincuenta kilómetros de la costa está Potes. A algo más de cien, Riaño, franqueada ya la cordillera. Desde allí, por Besande y Guardo, ya en la provincia de Palencia, llegamos a Saldaña y a la inmensa llanura de la Tierra de Campos. Pero no es mi intención hacer aquí una crónica viajera para describir las bellezas de la región. El viaje se recomienda por sí solo. Hay en esta ruta un pueblo que vive desde hace varios años un drama particularmente doloroso: Riaño. No es sorpresa encontrarse en España, y especialmente en la zona Centro y Sur de la Península, pueblos en decadencia, progresivamente abandonados por sus habitantes y en estado de ruina o necrosis física. Esta es la ración diaria que nos ofrece el viaje por amplias zonas de León y las dos Castillas, de Aragón, de la Mancha, de la Andalucía serrana o de Extremadura. «Los jóvenes se han marchado. Aquí quedamos los que no valemos para otra cosa», me dijo un viejo en un pueblo soriano. El caso de Riaño es distinto. Su actual decadencia no se debe a razones económicas, y habría sobrevivido holgadamente con su próspera actividad ganadera, especialmente de ganado vacuno —en otro tiempo fueron famosos en toda España sus caballos—, de no haber sido por un factor externo. En 1959, el Consejo Económico Sindical de Palencia propuso un plan para la transformación de la Tierra de Campos, la inmensa llanura que se extiende precisamente al Sur de la comarca de Riaño, en las provincias de Palencia, Valladolid y, en menor medida, Zamora y León. El plan, que posteriormente fue aprobado, preveía la construcción de un pantano con una capacidad de 728 millones de metros cúbicos en la comarca de Riaño, inundando unas 2.300 hectáreas y nueve pueblos: Riaño, Huelde, La Puerta, Anciles, Vegacerneca, Escaro, Burón, Pedrosa del Rey y Salio, con una población total calculada en unos tres mil habitantes. A partir de esa fecha, 1959, comenzó la angustiosa situación en que viven las gentes de esta comarca. «Esto es una agonía, mire usted —me decía el otro día una señora con la que hablé en el pueblo—, no sabe una si quedarse aquí esperando a ver lo que pasa, o marcharse, perdiendo las indemnizaciones, o qué hacer». En muchos lugares se han construido embalses que han hecho forzoso el abandono de las tierras y los pueblos de la comarca sumergida. Se han pagado, con mayor o menor justicia, las indemnizaciones, y la gente se ha marchado a otra parte a emprender una nueva vida. Lo tremendo de esta comarca de Riaño es que sus habitantes están desde hace catorce años esperando una solución, sea la que sea, y a estas alturas no saben todavía cuándo va a terminarse la presa o si va a terminarse en absoluto.

Nadie niega los beneficios que puede traer

consigo el regadío de unas sesenta mil hectáreas de Tierra de Campos con aguas del pantano de Riaño. El plan de Tierra de Campos, aprobado en 1965, pretendía irrigar unas doscientas mil hectáreas de las novecientas mil que tiene la región en las cuatro provincias. Las realizaciones, desde entonces, han sido muy exiguas. Hoy se calculan en esta zona unas 48.000 hectáreas irrigadas, de las que algo más de 15.000 se regaban ya antes de la entrada en vigor del plan. Mientras tanto, la Tierra de Campos se va despojando progresivamente. Un porcentaje de emigración del treinta al cuarenta por ciento es cosa corriente en muchos pueblos de la región. La falta de confianza en el futuro, agravada por la lentitud en la puesta en práctica del plan, provoca el éxodo masivo de los campesinos. Existen algunos proyectos, como el que, según noticias sin confirmación, una empresa holandesa pretende llevar a cabo en la zona de Frómista para el cultivo e industrialización del aceite de girasol, que sugiere que el futuro de Tierra de Campos, como el de otras regiones agrícolas, está probablemente en la explotación de la tierra por grandes sociedades y no en el sistema de propiedad familiar campesina. Mientras esto llega, sin embargo, la incesante despoblación de la zona pone en duda la rentabilidad de los planes de regadío. Un periodista que conoce muy bien la región —el mismo es de Sahagún, en la Tierra de Campos leonesa—, Félix Pachó Reyero, en una serie que publicó sobre este tema en «Informaciones»,



al trazar el desolador panorama de la despoblación terracampina, se preguntaba «si el pantano de Riaño podría convertirse en inútil y estéril, comparado con el sacrificio de las gentes de su comarca, si las obras de la zona regable se ejecutan, pero tarde, cuando la emigración de Tierra de Campos haya adquirido proporciones tales que no exista mano de obra y las aguas discurran tontamente por las acequias».

Es la sensación de provisionalidad, unida a esta sospecha de que el sacrificio pueda ser estéril, lo que hace particularmente dramática la cotidiana ansiedad de la comarca de Riaño. «Ni de pintar mi casa tengo yo ganas», me dijo alguien. El dueño de un café me explicó que hace tiempo necesitaba cambiar el mostrador del bar y hacer en él algunos arreglos. «Pero, ¿para qué? ¿Con qué objeto?», dijo. De cuando en cuando llegan noticias de que la obra de la presa, hoy parada, va a reanudarse. Otras veces se dice que se ha renunciado al proyecto por demasiado costoso. No faltan los que aseguran que lo que se pretende con esta dilación es provocar la emigración de los habitantes, a fin de disminuir la cuantía de las indemnizaciones. Algunos riañeses han dejado el pueblo en estos años. No muchos. Marcharse equivalía a renunciar a una buena parte de las indemnizaciones. Se ha llegado a acuerdos respecto de la valoración de las fincas rústicas, pero quedan muchas valoraciones por hacer, respecto de casas, negocios, ganados, clientelas de oficios o profesiones, puestos de trabajo, etcétera. Recientemente se ha adjudicado la construcción de las carreteras de desviación que bordearán el pantano asegurando la comunicación con Asturias y Santander. Se prevén en las cláusulas del concurso de cincuenta a sesenta meses para su terminación, y la gente supone, sin saberlo tampoco a ciencia cierta, que no se podrá embalsar el agua, en caso de que se termine la presa, hasta que estén construidas estas carreteras. Son otros cuatro o cinco años de espera. Hace poco, según me contaron en el pueblo, la empresa constructora de las carreteras de desviación pretendió levantar en medio del casco urbano de Riaño los pilares que sostendrán el futuro puente sobre el pantano. La protesta general ha impedido, al parecer, que esto se lleve a cabo. En algún momento se pensó en construir un nuevo Riaño en un emplazamiento que quedara a orillas de lo que ha de ser el embalse y que agrupara a los habitantes de los nueve pueblos afectados. La comarca es próspera; además del ganado vacuno que ya he mencionado, grandes rebaños de ovejas trashumantes vienen en verano a pastar a estos valles, del mismo modo que las de Castilla van al valle de Alcadia, en Sierra Morena, en el invierno. Tiene también la zona ingresos turísticos y buenas posibilidades en este campo. Hay un Parador Nacional, cerrado desde hace tiempo, y algunos hoteles y hospedajes privados.

Así están las cosas para los habitantes de Riaño y su comarca. Los jóvenes viven con el temor de perder los años buenos en la indecisión provocada por estas dilaciones en la terminación del embalse. Los viejos, con la perspectiva de morir entre tanto y ser enterrados en los cementerios que quedarán, cubiertos por moles de hormigón armado, bajo las aguas. Este es, no hace falta decirlo, un aspecto particularmente dramático en la vida de las familias riañesas.

Esto es Riaño, una agonía que se prolonga entre la pregunta «¿cuándo?» y la pregunta «¿para qué?». ■ LUIS CARANDELL